

compuesta de varios prelados, de un numeroso clero, de los fieles que concurrieron en gran número, y precedida por el ilustre Arzobispo de París, Monseñor Quélen.

Llegados á la iglesia se colocó la urna encima del altar, apoyada en la pared del fondo del santuario, y desde este tiempo, como antes, numerosas peregrinaciones hacen conocer aún todos los días la veneracion de los pueblos al hombre de Dios, que pasó sobre la tierra haciendo tanto bien.

LIBRO OCTAVO.

Retrato de San Francisco de Sales.

Por mucho interés que nos haya ofrecido hasta ahora la vida del Obispo de Ginebra, es, sin embargo, muy cierto que la parte quizás mas útil de esta hermosa vida nos queda aún que referir. Además de los hechos que tienen relacion con una época particular, y de los que nos hemos ocupado, siguiendo paso á paso al santo Obispo desde la cuna hasta la tumba, hay otro orden de hechos que no pertenecen á ninguna época fija, porque constituyendo el estado habitual del hombre, pertenecen igualmente á todas las épocas. Los hechos históricos de la vida de un santo tienen una fecha fija; pero el hecho moral de sus bellas cualidades ó de sus virtudes no la tiene, no pudiéndose decir, estas virtudes son de tal año. Es preciso, pues, referirlas aparte, y este es el vasto campo que nos queda aún que recorrer; campo que encierra el mayor interés, porque los hechos históricos que hemos espuesto no son sino como las emanaciones de las bellas cualidades y virtudes que vamos á describir; y si los arroyos son graciosos y cristalinos, si el viajero se siente deliciosamente refrigerado cuando aproxima á ellos sus lábios abrasados, ¡cuánto mas bellas y benéficas serán las mismas fuentes de donde proceden!

Para dibujar este hermoso cuadro, trazaremos primero

las cualidades naturales de Francisco de Sales, que son como el fondo sobre el cual ha trabajado la gracia. Luego, despues de haber espuesto los medios con que se ha elevado á la santidad, contaremos lo que ha sido con relacion á Dios, al prójimo y á sí mismo. Para con Dios, ¡qué viveza de fe, qué esperanza tan firme, qué amor tan ardiente, qué conformidad con la voluntad divina, qué religion tan profunda, qué devocion á Jesucristo y á sus Santos! Con el prójimo, ¡qué caridad, qué dulzura, qué celo, qué prudencia, mezclada con una sencillez arrebatadora en la direccion de las almas y en los negocios! Y si se considera á él mismo, ¡qué modestia, qué humildad, qué espíritu de pobreza, qué mortificacion, qué paciencia, qué igualdad de alma!

Terminado este cuadro, nos será muy dulce ver tantas virtudes coronadas con la veneracion universal, con los milagros que siguieron á su muerte, y por último por la decision de la Iglesia, que le ha colocado en los altares. Tales son los asuntos llenos de interés que trataremos en este séptimo libro, donde haremos hablar á menudo al mismo santo ó á la santa Madre de Chantal, el alma que le ha conocido mejor; no pudiendo menos el lector de ganar con estas citas, muy preferibles á todo lo que pudiéramos decirle, porque las palabras de los santos están acompañadas de una gracia particular, y son la espresion mas pura de lo verdadero y de lo bello en el orden sobrenatural.

CAPITULO PRIMERO.

Cualidades naturales de San Francisco de Sales.

Francisco de Sales era de una constitucion sana y de una estatura elevada; tenia la cabeza fuerte y bien organizada, calva en la parte superior, pero adornada en la inferior de hermosos cabellos rubios un poco oscuros, la

frente ancha y despejada, los ojos azules pero un poco bizcos, cubiertos de cejas elevadas y bien arqueadas, las mejillas encendidas con vivos colores, la boca dulce, la fisonomía benévola y agradable, todas las facciones de una finura notable, y la tez de una delicadeza exquisita. Su voz era grave, su modo de hablar lento, y lo mismo su paso (1); pero siempre sus acciones eran dulces é insinuantes, sus ademanes corteses y agradables, su frente serena, su aire franco, su sonrisa modesta. Un testigo ocular (2) ha resumido en estas breves palabras el retrato del santo Obispo: «Toda su compostura exterior, dice, era tan bella y encantadora, su aspecto tan grave y dulce á la vez, que mis ojos no podían cansarse de mirarle, »no pudiendo imaginar un continente mas majestuoso.»

Bajo este exterior tan notable se admiraba un alma mas notable aún, en la cual la naturaleza parecia haber reunido todos sus dones: un juicio exquisito, un buen sentido poco comun, una inteligencia fácil y fecunda, carácter sencillo é ingénuo, enemigo de ese adorno afectado que destruye las verdaderas bellezas de la naturaleza, una imaginacion rica y brillante, un gusto por el orden que le hacia atender con igual cuidado á las cosas pequeñas que á las grandes, y no dejaba nada para el dia siguiente, ni anticipar la víspera lo que habia de hacer el dia presente; un genio vivo, pero bueno, amante, y al mismo tiempo tan firme, que no se desconcertaba por nada; un corazon, por último, tierno, sensible y ardiente, pero que uniéndose á Dios, se hizo el foco de los mas grandes, puros y heróicos sentimientos, porque la gracia no muda el fondo del corazon y del carácter, sino que lo santifica; no destruye la ternura y sensibilidad, sino que la aplica á lo que es bueno.

Dotado de finura de espíritu así como de cortesía, de maneras hábiles en esa ciencia del mundo que sabe dar á

(1) Carlos Aug., *versus finem*.

(2) Dep. de Biard.

cada uno lo que le es debido, y mide, segun las personas y circunstancias, los diversos grados de respeto y amistad, era siempre afable y cortés como convenia, atento de corazon, complaciente sin lisonja, cumplido sin afectacion, modesto sin austeridad, alegre con bondad. Poseía en el mas alto grado el arte de la conversacion, sabiendo hacerla á la vez amable, agradable é instructiva, animándola sin querer brillar en ella, y diciendo cosas finas y delicadas sin buscarlas. El metal de su voz, la gracia de su lenguaje tan sencillo como noble, la alegría dulce y graciosa con que sazonaba todos sus discursos, daban á su conversacion un encanto que cautivaba la estimacion, el afecto y la confianza, y hacia decir de él, que jamás la virtud se habia mostrado con rasgos mas amables, y mas á propósito para ganar los corazones (1).

Tantas bellas cualidades estaban realzadas por una instruccion profunda y variada. Versado en la antigüedad profana y sagrada, le eran familiares los escritos de los filósofos, tales como Aristóteles y Platon, Epicteto y Séneca, así como las obras de los historiadores griegos y latinos; y los unos y los otros se presentaban oportunamente á su pluma ó en su boca, para confirmar con algun rasgo instructivo lo que pretendia demostrar. Conocia la Retórica y la Literatura; poseía igualmente todo lo que se sabia en su tiempo de Ciencias naturales; y si alguna vez su Física no es exacta, mas bien que á él se debe culpar á su época.

Pero lo que poseía en grado mas eminente era el conjunto de las ciencias eclesiásticas, tan vastas en su estension, tan elevadas y tan firmes en su doctrina; la ciencia de la sagrada Escritura, que cita casi en todas las páginas de sus escritos, y que comenta con tanta delicadeza como piedad; la historia de la Iglesia, que emplea tan oportunamente para la defensa de nuestros dogmas y la edificacion de las almas; las obras de los Santos Padres,

(1) De Cambis, *passim*.

de los que refiere tan bellos pasajes; y por último sobre todo esto, porque es el resumen de todo, la teología dogmática y moral. Fuerte en la ciencia del dogma, resolvía con una claridad maravillosa y una facilidad sorprendente, no solo las objeciones de los herejes, ninguno de los cuales osaba medirse con él, sino hasta las cuestiones más árduas y profundas, tales como las de la gracia, que bajo su pluma ó en su boca parecían perder toda su oscuridad, según el testimonio de uno de sus historiadores (1). No menos hábil en la ciencia de la moral, resolvía fácilmente todos los casos de conciencia, apoyando todas sus decisiones en la *Summa* de Santo Tomás, cuya doctrina se le había hecho tan familiar, que encontraba al instante los principios de las resoluciones de que tenía necesidad, según las diversas circunstancias. Toda la corte romana le admiró en el exámen público que precedió á su consagración; los Cardenales Du-Perron y de Berulle, el doctor Duval y los demás doctores de la Sorbona le llamaron el teólogo más sábio de su siglo; y el general de los Fuldenses, Don Juan de San Francisco, hombre eminente tanto en la ciencia como en la piedad, después de haber repetido el mismo elogio en los mismos términos, añade que sobresalía en todas las partes de la teología, que tenía «un conocimiento exacto del derecho canónico y una inteligencia tan consumada de las sagradas Escrituras, que su espíritu parecía transformado en ellas, explicando con una admirable claridad los pasajes más oscuros y difíciles. Por último, dice el mismo historiador, era un espíritu eminente por la perfecta bondad de su sentido natural, por la profundidad de su ciencia adquirida, como por la abundancia de claridades y luces de que su alma estaba llena.» (2)

A semejantes testimonios solo nos resta añadir que, cuando el proceso de su beatificación, se hizo un atento exámen de sus escritos, y el resultado fué una declaración

(1) P. Filiberto Bonneville.

(2) Juan de San Francisco, lib. III, p. 231 y 232.

solemne de que merecían ser colocados entre los escritos de los Padres de la Iglesia.

Todas estas ciencias estaban acompañadas en Francisco de Sales de dos magníficos talentos, el de escritor y el de orador, tan importantes uno y otro para comunicar á los pueblos los ricos tesoros de doctrina que poseía. Ha sido el primero en sacar á nuestra lengua francesa de sus mantillas, y la ha manejado con una facilidad y gracia, con una sencillez noble y pura, á que no se habían aproximado Montagne y Malherbe, que vivieron poco antes que él, y que no igualaron Balzac y Voiture, que le fueron posteriores. En el seno de sus montañas; en medio de una población inculta y poco ilustrada; entre los penosos trabajos de un ministerio, bastantes para absorber á un hombre enteramente; sin modelo, sin más guía que la delicadeza de su gusto y el instinto secreto de las conveniencias, se elevó hasta llegar á ser uno de los padres de la lengua francesa, y merecer ser colocado por la Academia en primera línea entre los escritores de su siglo (1). Su imaginación rica y brillante siembra todo lo que escribe de las más risueñas imágenes, de las flores más graciosas tomadas de toda la naturaleza, del cielo, de la tierra, y de todo lo que en ellos se contiene. Aun cuando solo piense en hablar bienamente y para hacerse útil, su gusto delicado reviste todas sus palabras de una delicadeza exquisita; y su corazón sensible, manifestándose á través de la expresión, la anima, la transforma, y le da un no sé qué de savia de juventud que no tenía por sí mismo, dejándole no obstante ese tono de dignidad que convenia al carácter del escritor.

Un autor célebre ha dicho: «El estilo es el hombre.» Nunca quizás se ha verificado lo que espresan estas pala-

(1) En enero de 1638 la Academia francesa, establecida por Richelieu tres años antes, resolvió recoger en un diccionario las palabras recibidas ó consagradas por el uso, con las principales reglas de la gramática. Para esto el 22 de febrero siguiente, escogió los autores que habían escrito más puramente en francés, y en esta elección comprendió á San Francisco de Sales.

bras mejor que en Francisco de Sales. La belleza y la precisión de sus pensamientos os revelan su juicio perfecto; el candor con que los expresa os descubre aquel fondo amable de rectitud y bondad que poseía; sus figuras vivas y atrevidas, sin dejar de ser naturales; su lenguaje, atento y enérgico; su palabra, que se desliza siempre con dulzura y majestad, elegancia y ardor, os hacen ver al hombre de primer orden que, hábil en el arte de persuadir, sabe, encantándoos, conducirnos á su objeto; la inteligencia superior que, sin perjudicar en nada á la solidez, brilla con su propia luz y su valor intrínseco; todo en él, en fin, os muestra su corazón tierno, expansivo y generoso. «Sus escritos, dice el Padre Tournemine (1), respiran la caridad en que ardia su corazón, y no se pueden leer sin que se deslice en el alma una unción celestial; es la dulzura y la ternura de un corazón que ama y que quiere que no se ame mas que á Dios; es la esencia de la moral de los libros sagrados y de los escritos de los Santos Padres, reducidos á los verdaderos principios y á la práctica. Allí se encuentran por guías á la caridad y á la humildad inseparablemente unidas: la dulzura allana el camino; la conformidad con la voluntad de Dios y la firme esperanza en su bondad, hacen caminar con tranquilidad y alegría.»

Estas observaciones, aplicables á casi todos sus escritos, convienen de una manera mas especial aún á sus cartas, que se han recogido en número de novecientas. En ellas el mérito de Francisco, como escritor, brilla con resplandor mas puro; en ellas el estilo sencillo, natural, fácil, gracioso, se doblega á todos los pensamientos y sentimientos: insinuante y suave para penetrar en los corazones, delicado y exacto para espresar las pasiones y movimientos del alma, abundante y lleno de colorido para pintar las relaciones, en ellas todos los asuntos, desde los mas humildes hasta la descripción de la eterna bienaven-

(1) Journal de Trevoux, julio 1736, art. 79.

turanza, están tratados con el género de encanto que les conviene; en ellos el escritor refiere su historia y su siglo; derrama su corazón por entero; y en ninguna parte la lengua francesa ha hablado un lenguaje mas encantador.

El autor que escribió tan bien no sobresalía menos en el arte de predicar; tenía una acción poco viva, sin embargo, una palabra lenta, tarda y aun un poco pesada: oigámosle hablar á él mismo de este defecto. Habiendo el Obispo de Belley querido imitar en el púlpito la acción y pronunciación de su ilustre amigo, Francisco le reconvinó. «¿Quereis acaso, le dijo, imitar al Obispo de Ginebra predicando?—Pero, replicó Mr. de Camus, ¿es ese por ventura un mal ejemplo? ¿No predica mejor que yo?—¡Oh, Dios mio! contestó el santo Obispo, si las dotes naturales pudieran cambiarse, ¡qué no daría yo por tener las vuestras! Hago lo que puedo por escitarme, procuro apresurarme, y cuanto mas lo procuro, menos avanzo. Tengo dificultad en encontrar mis palabras, y mayor aún en pronunciarlas; soy mas pesado que un plomo, no puedo ni moverme ni mover á los otros; en una palabra, sudo mucho y no adelanto nada. Vos caminais á toda vela, y yo al remo; vos volais, y yo me arrastro como una tortuga; vos teneis mas fuego en la punta de un dedo que yo en todo el cuerpo; y sin embargo, me dicen que ahora pesais vuestras palabras, que contaís los períodos, que arrastrais las alas, que languideceis y haceis languidecer á vuestros oyentes.» (1)

Pero la lentitud que no se toleraba en el Obispo de Belley, parecia un mérito en el Obispo de Ginebra; causaba gusto su pronunciación lenta y un poco pesada, porque dejaba al auditorio mas tiempo para admirar la belleza de su doctrina, la nobleza y facilidad de su expresión, la unción de sus palabras, la naturalidad de su tono y de sus ademanes, siempre apropiados á lo que decia, y de todo su

(1) *Espíritu de San Francisco de Sales*, p. I, s. XXIII.

continente, en fin, que era el de un hombre perfectamente penetrado de lo que decia; cosa que se apreciaba tanto mas, cuanto que se encontraba menos en los otros predicadores, pues entonces, segun el género admitido en esta época, la predicacion no era sino un caos informe de árida teología, de filosofía abstracta, de citas profanas griegas y latinas, de erudito fárrago y de patética ampulosidad. Francisco, por el contrario, tenia el buen sentido de mantenerse en esa elocuencia sencilla y natural, grave y modesta, que es el verdadero lenguaje de la uncion y de la dulce persuasion.

Si combatia un vicio, no era atacándolo con invectivas, sino mostrándolo tal cual es, deforme y despreciable, oponiéndole la virtud, y presentando esta á la inteligencia como soberanamente razonable, al corazon como infinitamente amable. Un lenguaje semejante no podia menos de arrebatarse á los pueblos que, en medio de la depravacion del gusto, conservan siempre el instinto de lo bello.

Los sermones impresos del Obispo de Ginebra, dejan sin duda mucho que desear; pero la falta no está en el predicador. No tenemos mas que el sermón de la Asuncion escrito de su mano; los demás han sido recogidos por los oyentes, que los han arreglado á su modo, ó no son mas que borradores trazados por el santo Obispo, y llenados por los editores (1). «No se encuentra en ellos ya, dice uno de sus historiadores (2), ni su espíritu ni su eminente doctrina, ni las gracias de su elocuencia, ni los poderosos atractivos de su piedad: lo que hacia en otro tiempo correr las lágrimas, escitaba la admiracion de todos los

(1) Un editor moderno de las obras completas de San Francisco de Sales, afirma: 1.º que la edicion de los sermones del santo publicada en 1641, contenia veinticinco sermones *escritos de su mano*, pero que muchos de estos sermones no eran mas que diseños que algunos editores han respetado, y otros han arreglado á su modo; 2.º que algunos sermones habian sido fielmente recogidos por las religiosas de la Visitacion de Annecy, pero que, sin embargo, la santa Madre Chantal deseaba vivamente su correccion: lo que nos hace creer que la reproduccion no era tan fiel como lo pretende el editor.

(2) El Sr. de Maupas, prólogo.

oyentes, atraía á los hombres mas grandes de Francia, de Saboya, del Piamonte y de Italia, resultando siempre las iglesias demasiado pequeñas, no tiene sino muy poco atractivo hoy para los lectores.» Este juicio del Sr. de Maupas es quizá un poco severo, y aunque no tengamos mas que despojos de la elocuencia de Francisco de Sales, aún son hermosos restos, cada uno de los cuales basta para hacer apreciar lo que seria el sermón entero.

CAPITULO II.

De los medios por los que Francisco de Sales se elevó á la santidad (1).

En el capítulo precedente no hemos considerado á Francisco de Sales sino como hombre, y hemos visto en él al hombre amable, instruido y lleno de talento. Ahora vamos á estudiarle como santo, lo cual constituye otro punto de vista no menos interesante para el corazon y para el espíritu. Pero así como para llegar á la cima de una alta montaña es preciso trepar por los senderos que conducen á ella, así antes de entrar en la relacion de las diferentes virtudes que han constituido la elevada santidad del Obispo de Ginebra, es preciso seguirle en los senderos por donde llegó á tan sublime perfeccion. Su rara inteligencia comprendió muy pronto que la ligereza del espíritu, tan poco inclinado á las cosas espirituales y tan facil á distraerse, y la mala tendencia del corazon, tan inclinado hácia la criatura con preferencia al Criador, eran los dos principales obstáculos á la virtud, siendo necesario oponerles la reflexion y la oracion; la reflexion, que fija é ilustra el espíritu, y la oracion, que desprende el alma de las cosas criadas, la une á Dios, y atrae la gracia que es la gran reformadora de los corazones.

(1) Dep. de santa Chantal, art. XXXIII.